



Fachada de la Pasión, creada por Josep Maria Subirachs, en la catedral de la Sagrada Familia diseñada por el arquitecto catalán Antoni Gaudí, Barcelona, 2004. (Fotografía: Arnold H. Drapkin / Time & Life Pictures / Getty Images)



El proyecto de tu vida

Jorge Vázquez Ángeles

VOLVIÓ SOBRE SUS PASOS Y AHÍ LO ALCANZÓ el destino: el tranvía que circulaba en el otro sentido, en dirección hacia el centro, lo arrolló. Fue un golpe preciso, como si un dios caprichoso lo hubiera calculado con una exactitud escalofriante. Nublada primero su visión por el susto y luego enceguecida por el golpe de la defensa metálica del armatoste, el cuerpo de aquel hombre quedó tendido sobre la avenida, ante la mirada de los curiosos que se aproximaron para ver de cerca. La circulación de los tranvías se interrumpió durante varios minutos y hubo quienes, al observar el estado maltrecho de aquel hombre, se molestaron por la pérdida del tiempo. Y todo por culpa de un indigente.



Hay que tener cuidado cuando, sin recato, se hacen afirmaciones como “este es el proyecto de mi vida”, porque puede uno comprometerse con una mala esposa (que casi siempre suelen ser las más buenas), que nuestra empresa resulte un fiasco o nuestros hijos salgan más chuecos que un ángulo agudo. Si además se es un

obseso del trabajo, la combinación es dinamita pura. Imaginemos la siguiente escena: a la edad de treinta y un años te encargan la realización del más grande proyecto de la ciudad, ese que decenas de competidores quieren hacer, conscientes de que semejante obra les deparará un sitio de honor en la galería de las personalidades. Y te haces cargo, desde luego. La labor es titánica para un solo hombre. El proyecto de tu vida te exige una fidelidad casi absoluta. No te vas a casar, ni tendrás hijos; eres arquitecto e irónicamente nunca tendrás un hogar propio. Trabajarás en casas prestadas, en talleres subterráneos. Te queda la religión como único reducto; a ella puedes acercarte a cualquier hora, Dios está en todas partes, y la vida del asceta es lo que más te conviene.



La sangre manchaba el pavimento. Un guardia civil se aproximó al atropellado que yacía inconsciente. Era un anciano de barbas blancas, vestido con ropas roídas y zapatos gastados. Un par de voluntarios hicieron lo posible para detener un taxi que trasladara al herido a un hospital para indigentes. No lo consiguieron. Ningún conductor en su sano juicio deseaba involucrarse en un incidente que derivaría en un asunto judicial engorroso, ni estaban dispuestos a desmanchar las vestiduras de la sangre de un vagabundo. Así transcurrió media hora hasta que, placa en mano, el guardia civil detuvo otro taxi y le ordenó al propietario que llevara cuanto antes al herido al dispensario más cercano.



El terreno para el proyecto de tu vida es inmenso, digno de la obra que tienes por delante. Te pones a trabajar y aunque existen algunas obras que alguien más inició hace ya varios años sin mucho éxito, decides que lo mejor es empezar de nuevo. No se puede aspirar a la grandeza basándose en cimientos ajenos.





(Fotografía: Raul Touzon / National Geographic / Getty Images)

Tus obsesiones ya se dejan ver en lo que diseñas. Porque no sólo encargas los planos, no te gusta dibujar ni perder el tiempo sobre el restirador blandiendo las escuadras. La arquitectura se manifiesta en tres dimensiones, y los planos, esas abstracciones de la realidad, sólo son útiles para los responsables de levantar lo que brota de tu mente. Cuando tus colaboradores no entienden tus deseos, construyes modelos a escala, cientos de ellos, fabricados en yeso: sólo así puedes expresar tu imaginación.

Los detalles son lo que más te gusta. Te puedes pasar horas diseñando la chapa de la puerta o la pata de la silla, la reja de la puerta lo mismo que la estructura, ese elemento fundamental que para muchos arquitectos significa un obstáculo y no una posibilidad artística como haces tú con la catenaria o el hiperboloide y el helicoide.

Para el caso del proyecto de tu vida llevas las cosas aun más lejos: en una iglesia las esculturas no sólo son indispensables a nivel estético, sino que mediante ellas es posible aleccionar a las personas. Cuando caminas por las calles buscas los rostros de los apóstoles, de los santos y de las santas, y cuando los descubres

entre la multitud no dudas en llevártelos casi a rastras hasta tu taller para dibujarlos, en diversas posturas y posiciones, y luego haces los primeros modelos. Más que despacho de arquitecto, has convertido tu lugar de trabajo en un taller renacentista con escultores, pintores y hasta fotógrafos. El proyecto de tu vida necesita de la participación de todas las artes.




En el dispensario apenas si había medicinas. En una vieja cama de barrotes oxidados, el médico de turno examinó al anciano. El golpe le causó un traumatismo craneoencefálico y muy probablemente afectó órganos internos. Durante un breve tiempo el herido recuperó el sentido. Dijo llamarse Antoni y que iba a la iglesia cuando lo atropelló el tranvía. Se desmayó de nuevo. Entre sus ropas, el personal del dispensario no encontró ninguna identificación, un librito con los evangelios, un rosario y una llave.

El traslado hacia el Hospital de la Santa Cruz, para indigentes, demoró mucho tiempo, quizá por la desidia de los camilleros para quienes un vagabundo no valía

ningún esfuerzo. Al día siguiente, el 8 de junio de 1926, el capellán de la Sagrada Familia, Gis Parés, al visitar a los enfermos de ese sitio tan alejado de la mano del señor, reconoció al anciano indigente: Antoni Gaudí, el célebre arquitecto catalán.



Conforme pasan los años, sólo tienes una certeza sobre el proyecto de tu vida: no lo vas a ver terminado. Los recursos nunca son suficientes y las limosnas que representan el único medio posible para construir el templo expiatorio son inconstantes como el ánimo de los hombres. Te alimentas muy poco, no por falta de recursos, sino porque has descubierto que el ascetismo es la mejor manera de fortalecer al espíritu y de concentrarte en lo fundamental. Todos los días recorres la nave inconclusa, y aunque no verás en pie las dieciocho torres, la primera que se ha terminado es suficiente para darte una idea clara del conjunto. Las catedrales se construyen con el tiempo. Los canteros le pasan el trabajo a sus hijos, y ellos a sus hijos y así sucesivamente. ¿A quién le pasarás la estafeta cuando te marches? A nadie. Por eso sigues trabajando, subes y bajas, supervisas las esculturas y las catenarias, corriges las maquetas, decides la mejor postura para San Juan y te aseguras de que se use el mejor bronce para los detalles.

Antes de las seis de la tarde sales del taller con rumbo a la iglesia. Quieres ver a tu confesor, ¿tienes pecados que confesar? La calle está animada como siempre. Hace calor. Atraviesas la Gran Vía de las Corts Catalanes a pasos lentos, tienes setenta y tres años, y ya no usas más carruajes ni sombrero. El glamour se fue hace muchos años, con cada piedra colocada en la Sagrada Familia. ¿De dónde sacar más dinero para terminar el proyecto de tu vida? En eso piensas cuando a mitad de la calle te detienes y das un paso hacia atrás: se aproxima el tranvía. No ves el otro, prácticamente a tus espaldas. No vas a terminar el proyecto de tu vida. Ya lo sabías. 



Fachada de La Natividad. (Fotografía: Getty Images Latin America / Album-Online / Album / Miguel Raurich/ LatinContent)